

Capítulo 2

El celular como agente de cambio social

En el capítulo precedente hicimos una breve revisión histórica de los orígenes visibles e invisibles de las tecnologías de la información y comunicación eléctrica. En este capítulo intentaré mostrar el enorme impacto que tienen los celulares en la vida de sus usuarios y, por ende, la relevancia del estudio y trabajo con estos dispositivos. De este modo exploraré algunas de las implicaciones cognitivas y efectos concretos que provocan los celulares tanto en los individuos como en la sociedades.

En la primera parte del capítulo se buscará indagar en los efectos que provoca el carácter multimedia de los celulares. ¿Qué sucede en nuestros hábitos comunicativos a medida que incorporamos más las herramientas visuales y textuales en nuestra vida diaria? Se mostrará cómo este fenómeno es cada vez más común y enseguida recurriré a Vilém Flusser (2004) para presentar los efectos cognitivos del uso de lenguaje visual, textual y de su integración en un proceso característico del arte: la conceptualización. El vínculo entre las reflexiones de Flusser respecto a la integración de lenguajes distintos y los celulares se encuentra en el efecto que tienen éstos al incentivar la comunicación por medio escrito, visual y oral en una frecuencia consuetudinaria. Los efectos de esta expansión de las posibilidades comunicativas resultan en una progresiva integración de lenguajes. Flusser explica cómo en este proceso de fusión radica la comprensión profunda y el estímulo creativo que, en última instancia, es el impulso que lleva a crear mundos

distintos.

Otro aspecto perceptivo y emocional que presentaré después es la *telepresencia*. Se tratará el origen del término y el fenómeno pero sobre todo intentaré ahondar en los efectos que tiene la "presencia a distancia" tanto en los contextos remotos como en los contextos inmediatos. Paralelamente quiero comentar la relación tan personal que se establece con el teléfono celular por ser éste el facilitador de la telepresencia, apuntando hacia una relación entre usuarios y dispositivos cada vez más íntima, noción en la cual iré ahondando a lo largo del presente y posterior capítulo.

Después de la telepresencia observaré el énfasis en la *movilidad* como otro efecto del celular y consecuentemente intentaré aproximarme al impacto que tiene el uso de este dispositivo en las nociones de tiempo y espacio, así como en sus repercusiones concretas: el modo en el que nos desenvolvemos en los espacios públicos. En esta última parte del capítulo incluiré los términos de *interface*, refiriéndome a los nodos -celulares o personas- como unidades comunicativas y a la conexión de estas como *red*. También incluiré la noción de espacio *virtual* y *espacio ciborg*, refiriéndome a los espacios digitales y metafóricos en los que está *perpetuamente presente* la posibilidad de comunicación de un grupo. Estos conceptos, sin embargo, serán aplicados hasta el capítulo tres. Lo que me interesa en este segmento es presentar el modo en el que la inserción de contextos distantes en nuestra atención genera la apertura de nuevos espacios que no dependen de las nociones de inmediatez o lejanía sino del contacto comunicativo entre sus

habitantes. En un borrador anterior me refería a éstos como *espacios interfácicos*, pero el término no es adecuado y tampoco encontré uno mejor, así que para referirme a este fenómeno titulé al último segmento del capítulo: *espacios complejos*. Con ello no pretendo dar una definición de éstos sino que intento implicar que los espacios concretos, virtuales y los espacios de conectividad potencial están en un proceso de hibridación que no puedo ver con claridad y menos definir con precisión.

Para el recorrido propuesto del capítulo me basaré en las investigaciones realizados por los sociólogos Jorge Luis Marzo en su libro *Me, my cell and I* (2003), James E. Katz en su texto "A Nation of Ghosts?" (2003) y Howard Rheingold en *Multitudes Inteligentes* (2004). También estarán presentes, pero en menor medida, algunas observaciones realizadas en los estudios de Sadie Plant *On the mobile* y Belinda Barnet "Infomobility and technics: Some travel notes".

2.1 El pensamiento multimedia

Según la encuesta de PEW en el 2006, un 35% de los estadounidenses que tienen celular ya utilizan el sistema SMS para enviar y recibir mensajes de texto. El 28% de usuarios ya toman fotografías fijas con su teléfono y al 19% de quienes no lo hacen, les gustaría tener la función. El 22% ya usa el celular para juegos digitales (desde *Tetris* hasta algunos sumamente complicados) y al 12% le gustaría. En lo que se refiere al uso de Internet en los teléfonos las invierten su proporción volviéndose mayor el porcentaje de las personas que

desean los servicios al de las personas que ya los tienen y los usan actualmente. Por ejemplo, un 14% ya usa Internet en sus teléfonos y un 16% lo quisiera. Un 8% usa el celular para recibir y enviar *emails* y un 7% para efectuar búsquedas en Internet (cartelera del cine, clima, etc.) y un 24% no, pero lo quisiera. El 6% usa el celular para escuchar música (MP3) y para grabar pequeños videos mientras que el 17 y el 19 % respectivamente quiere el servicio. Por ultimo, respecto al acceso a mapas móviles en el celular, tan solo el 4% de los usuarios lo tienen pero el 47% querría tener acceso a mapas en su teléfono (PEW, 2006). Hay que tener en cuenta que Estados Unidos es uno de los países con menor número de usuarios, siendo la capital del uso de este servicio Bangkok.

Esta información tiene connotaciones que van mas allá de asumir que el teléfono celular funciona como una pequeña computadora portátil y que el Internet móvil pronto será una realidad para casi todos.

En el texto de Marzo (2003), encontramos que la integración de funciones en un mismo dispositivo provoca que la *atención comunicacional* se concentre en un mismo espacio, lo cual genera que la experiencia del tiempo cotidiano se disperse en un tiempo continuo o *uno más consecutivo*. Marzo explica cómo, a partir de la naturalización de esta costumbre, se rompe la otrora usual especificidad de los medios usados en relación a ocasiones fijas (2003: 55). De este modo la comunicación automática adquiere nuevas facetas al volverse un proceso que implica la toma de varias decisiones que se toman casi de manera automática según el tipo de relación con el remitente, la ocasión o el humor;

texto, foto, video, llamada, pero también *email* o cualquier otra herramienta comunicativa de los *softwares* sociales de Internet. El que se haga necesario pensar con otros términos la voluntad de comunicarse y los modos de lograrlo, tiene implicaciones que van más allá de las características particulares de cada medio; es decir, tienen una importancia en su complementariedad, alternancia y fusión.

Antes de ahondar en esto es pertinente tener en cuenta cómo la facilidad con la que podemos registrar cualquier fenómeno provoca la *necesidad* de *crear* dichos fenómenos; nuevos objetos fotográficos, anécdotas videográficas o sonidos interesantes para un correo de voz. La vida se vuelve cinemática, de tal modo que no sólo cambian nuestras comunicaciones interpersonales sino el modo en el que percibimos nuestro contexto y entendemos el mundo que nos rodea, así como nuestro lugar en él.

La posibilidad de que estos eventos puedan ser capturados y distribuidos en este modo [en todo momento, instantáneamente] altera fundamentalmente nuestra percepción y nuestra experiencia por adelantado. Un móvil está siempre y es un símbolo del futuro, un futuro donde no se van a perder los fragmentos de tu vida, sino que van a sobrevivir 'en un arsenal de color espléndido'. (Barnet, 2005: 11)

El cambio en las percepciones de los espacios, las relaciones y las situaciones cotidianas puede entenderse como un síntoma claro del uso naturalizado del celular, pero su explicación no sólo pertenece al campo de los cambios *teleinformáticos* reflejados en la conducta social, sino a los cambios cognitivos

que genera cada individuo al incorporar nuevos hábitos de captación y comunicación.

Y es que los sistemas de telecomunicación funcionan e intervienen en el lenguaje afectando la totalidad de nuestro pensamiento y acción. Como lo explicó Wittgenstein en sus *Investigaciones Filosóficas* (2002), el lenguaje es un sistema para la articulación de la mente que se aprende mediante la relación e interacción con factores no lingüísticos. Dado que los juegos de lenguaje que empleamos determinan nuestra cosmovisión, por ende determinan nuestros hábitos; "Imaginar un lenguaje significa imaginar una forma de vida" (31).

Hay una distinción radical entre lenguajes textuales y lenguajes visuales. Las distinciones entre estos implican lecturas diferentes y por ello distintos procesos mentales. Flusser en "The future of writing" (2004) llama lineales a los mensajes que utilizan el texto como medio conceptual y superficiales a los que utilizan la imagen como medio.

Los mensajes superficiales funcionan como signos que remiten a los hechos de un modo "ambivalente, subjetivo, inconsciente o imaginativo, pero son mensajes relativamente ricos" (Flusser, 2004: 29). Es decir, los significados de los signos en imágenes están más saturados pero pierden claridad y precisión dado su carácter "más total".

Los términos con los que Flusser describe el carácter del pensamiento visual o *imaginal* (en el sentido de estar compuesto por imágenes) remiten a un pensamiento mágico, mítico y pre-histórico. Éste es el tipo de pensamiento que está teniendo más auge a partir del siglo XX y la prioritización de su uso

continúa aumentando. Cabe notar que uno de los efectos y, al mismo tiempo, de las causas es la creciente accesibilidad de los dispositivos fotográficos y videográficos, así como su integración en los celulares. Flusser observa cómo esta primacía de la imagen no es nueva sino que es un retorno cíclico a la pre-literalidad que absorbe y provoca el abandono del pensamiento histórico (2004: 26).

Según Flusser, el pensamiento lineal funciona a través de la descomposición de las cosas en frases. Es diacrónico y en él se concibe la cronología y la conciencia histórica. En un ensayo titulado "El futuro de la escritura", Flusser define dicha conciencia como un estado existencial que sólo logran las culturas alfabéticas y que permite entender el mundo como un proceso, i.e. un "llegando a ser" (63).

Los códigos lineales demandan una sincronización de la diacronicidad. Demandan una recepción progresiva. El resultado es una nueva experiencia del tiempo, que es el tiempo lineal, un curso de progreso in-retenable, de irrepetibilidad dramática, de marco: en breve: historia". (Flusser, 2004: 39)

Sin embargo, los textos no remiten a hechos sino a imágenes: aunque la ficción conceptual sea más estrecha y más clara que la ficción imaginal, ésta termina por significar ideas. En el pensamiento imaginal es imposible la conciencia histórica; las imágenes unen las cosas para mostrarlas en una superficie y la lectura de la imagen completa se da simultáneamente i.e., en sincronía (Flusser, 2004: 33). Lo cito: "Para las personas programadas por imágenes, el tiempo corre por el mundo como el

ojo camina sobre una imagen: la sincroniza, ordena las cosas como posiciones" (38).

El ciclo de la imagen a la palabra (que sucede cuando la imagen toma al concepto como su objeto) y su retorno como imagen, como meta-pensamiento del pensamiento conceptual, es un proceso posible y conlleva a un redescubrimiento del sentido de *realidad*.

Es en las posibilidades cognitivas que se abren en la integración de ambos tipos de pensamientos, donde radica parte de la importancia de las producciones artísticas. Es decir que en la producción de estos tipos de objetos, mensajes y experiencias estéticas es frecuente la conjugación del pensamiento lineal con el visual en una relación creativa, abriendo, así, la posibilidad de conceptualizar.

Los celulares brindan las herramientas multimedia para hacer de la comunicación un proceso de experimentación visual y literal bajo bases cotidianas; independientemente de que se tenga o no la intención explícita de hacer arte con estos dispositivos -o simplemente de mantener una comunicación creativa- se pueden tomar los celulares como herramientas y territorios para conceptualizar. Herramientas, además cuyo uso es cada vez más general y en cierto sentido democrático, ya que la experimentación audiovisual con estos dispositivos funciona independientemente de cualquier sistema del arte o aparato crítico; el medio para construir estas experiencias de registro creativo, brinda la plataforma -o abre el espacio- que se requiere para su transmisión, recepción y archivo. El establecimiento de una relación comunicativa de este tipo es una

finalidad en sí mismo por lo que la experimentación multimedia con los dispositivos puede convertirse en un hábito de conceptualización libre, lúdico y consuetudinario, un modo de habitar los espacios y sociabilizar *multimediatícamente*.

Según Flusser gracias a esta integración de lenguajes se puede abrir el campo a un nuevo tipo de pensamiento con una lógica particular y con sus propios códigos, lo que puede provocar otro mundo posible: "la síntesis de los medios lineales y de superficie pueden resultar en una nueva civilización" (31).

2.2 La telepresencia

Como se planteó desde la revisión del telégrafo y el teléfono, las tecnologías de la telecomunicación cambian los modos de las relaciones humanas a distancia. Extienden la consciencia de la conectividad que permanece entre personas cuya presencia concreta está en sitios distantes. Especialmente con los celulares, dado su carácter portátil y su disponibilidad perpetua, es cada vez más fácilmente perceptible cómo existe una continuidad en la conexión con quienes se encuentran fuera del campo de audición y visión directa.

Este fenómeno es estudiado por Katz como una vía para explicar la enorme explosión del uso de tecnologías de la comunicación y su creciente popularidad. Katz parte de la premisa de que la búsqueda continua de intercomunicación es "inherentemente placentera" en general, y aún más si está mediada por celulares. Es decir que la necesidad de contacto social perpetuo es algo *hardwire*; algo naturalmente humano o muy

fuertemente condicionado por la cultura¹, no es algo que haya surgido a partir de los teléfonos celulares ni que obedezca a un proceso efímero de adaptación a este medio. Los celulares sólo han cubierto una necesidad tan arraigada como la comida o el sueño diario. Katz nombra a esta necesidad: *Contacto Perpetuo* (Katz, 2003: 25). De la extinción de la sensación de aislamiento posible o incomunicación, sino al contrario, de contacto y compañía constante aunque ésta se encuentre a distancia, surge la noción de telepresencia.

El término *telepresencia* fue sugerido por el futurista Patrick Gunkel a su amigo Marvin Minsky, el científico cofundador del laboratorio de inteligencia artificial del Massachusetts Institute of Technology (MIT). En el ensayo "Telepresence" de 1980, Minsky empleó este término por primera vez para describir el tipo de sistemas robóticos que se debían desarrollar para controlar acciones físicas a distancia y hacer de los trabajos peligrosos algo cómodo y seguro. Minsky se refería principalmente a brazos mecánicos que podrían realizar delicadas cirugías² o difíciles extracciones mineras dirigidos remotamente por el movimiento de un brazo humano cubierto con sensores (Minsky, 1980).

Posteriormente a su introducción en el mundo de la ciencia y la tecnología gracias Minsky, el término *telepresencia* ha sido usado recurrentemente para describir distintos fenómenos de acción y presencia distante en el tiempo o en el espacio.

¹ Aunque estas definiciones son muy distintas, Katz propone abrir y flexibilizar la noción de *hardwire* para hacer llegar su planteamiento tanto a quienes afirman la existencia de una "naturaleza humana" como a quienes la niegan.

² Hay que tener en cuenta que este ensayo pertenece a 1980 y que hoy en día es una práctica completamente común que los médicos cirujanos utilicen bisturís dirigidos teleprensencialmente.

Retomando su sentido etimológico; el prefijo Tele del griego *Telos*, distancia, y la palabra *presencia* desvinculada de la acción concreta, en este texto me referiré como telepresente al modo en el que una persona puede entablar una comunicación o ser tenido como "presente" por personas cuyo ambiente espacial concreto es distinto al suyo, mediante el uso del celular.

Antes del uso generalizado de los celulares difícilmente se recurría a este término en un ámbito no-científico. Retomando la propuesta de Katz puede observarse cómo el éxito y expansión del uso de celulares no se trata sólo de una estrategia comercial y política sino a la facilidad con la que los celulares satisfacen la necesidad de contacto perpetuo (Katz, 2003: 25). ¿Pero qué tan eficientemente la telepresencia puede satisfacer la necesidad del contacto perpetuo? ¿Cuáles son los límites de concreción y sutileza de la telepresencia? ¿Cómo se podrían controlar los cambios en su *densidad*?

La relación entre el grado de densidad entre la presencia y la ausencia es algo sobre lo que difícilmente se puede estudiar teóricamente, pero se propondrá un modo de exploración en el siguiente capítulo. Cabe notar desde ahora que la telepresencia tiene un carácter eminentemente ambiguo.

Así como las herramientas multimedia provocan la creación de escenas que describir en un texto y momentos fotográficos, la posibilidad de comunicación constante acentúa y agrava la ausencia de tal contacto. Como resulta placentero el saberse en una red de contacto telepresente, resulta angustiante el no ejercer y actualizar tal comunicación.

Incluso cuando el dispositivo descansa

apaciblemente en mi bolsa y mis manos están dobladas en mi regazo, la comunicación con mis contactos existe en potencia; simplemente estoy esperando su llegada. (Barnet, 2005)

Pero hay otro aspecto de la ambigüedad de la telepresencia que está más generalizado y cuyos efectos evidencian un fuerte desfase en el manejo de la presencia y la ausencia. Recordemos que la penetración generalizada los celulares no lleva más de dos décadas, por lo que nuestros procesos de adaptación aún dejan mucho que desear.

Tener a nuestras amistades siempre telepresentes puede resultar muy grato -al igual que recibir llamadas y ejercer una conectividad remota constante- pero la telepresencia funciona con la dirección de nuestra atención hacia una persona remota, misma atención que se deja de prestar hacia las personas en el contexto inmediato. Es decir que al mismo tiempo que con la misma proporción -cuantitativa y cualitativa- con la que generamos telepresencia en sitios distantes, generamos ausencia en los contextos inmediatos. Como se verá a continuación, esto sucede tanto en los espacios privados; cuando interrumpimos una conversación presencial para atender una llamada del celular, como en los espacios públicos; cuando perdemos el contacto visual o verbal con el resto de transeúntes por lo mismo. Algunos efectos de esta falta de adaptación y educación en el manejo de nuestra presencia y telepresencia se expondrán a continuación.

2.2.1 La ausencia presente

Al sonar o vibrar un celular en algún sitio público -por ejemplo en un café- se desencadena una serie de efectos interesantes. La mayoría de los presentes en el campo auditivo sienten la urgencia de interrumpir tal sonido y la incomodidad por no poder hacer nada al respecto. El receptor de la llamada suele cambiar de posición o levantarse y acercarse a la salida, en el caso de los introvertidos o los usuarios más tecno-educados, pero si no lo hace, si permanece rodeado de personas y efectúa su conversación a volumen regular o alto, es muy probable que genere incomodidad y enojo en los que le rodean, y muy especialmente en los que compartieran su mesa. Esta irritación es ahondada por Katz (2003: 25), pero también la he corroborado en improvisados *estudios de campo* efectuados en cafés de Puebla y el Distrito Federal. Y es que el tener un celular prendido genera un estado de alerta continua al dispositivo. Se habrá notado el cierto automatismo que provocan los teléfonos para activar la modalidad de silencio en cuanto se entra a un teatro o un salón de clase, y para reactivar el sonido al salir, o, en su defecto, la también automática irritación general que provoca el sonido de un teléfono en alguno de estos dos contextos citados. Katz postula que del mismo modo que tenemos una predisposición natural para buscar la comunicación continua con otros, es inherente y perpetua la *irritación* que nos causa el uso del celular por otras personas en nuestra presencia (2003: 25).

A Katz le parece esta irritación algo tan *hardwire* como el placer de recibir personalmente las llamadas en espacios

públicos, sin embargo no descarta la posibilidad de que este efecto sea una consecuencia efímera del proceso de adaptación a estas situaciones (2003: 25).

Otro aspecto del mismo desagrado que provoca la actividad de los celulares ajenos, ha sido estudiado con el nombre de "ekistics". Katz parte de la premisa de que los espacios urbanos abiertos resultan particularmente incómodos, i.e. que las plazas, las banquetas y los parques crean la sensación de anonimía, aislamiento o cierta angustia oculta (2003: 29). Katz propone que esto sólo se alivia con la presencia y el contacto visual de otras personas en el mismo espacio. De ahí que la gente tienda a transitar siempre por las vías y hacia los lugares más concurridos, pero este alivio y confort que causaba la cercanía de otros peatones, aunque sean anónimos, se pierde si éstos van hablando con personas distantes. Lo argumenta basándose en varios estudios que han demostrado que la atención visual y espacial de quien mantiene una charla telefónica es mínima, por lo que se anula el contacto visual significativo y las personas que usan celular se vuelven inaccesibles y, por lo tanto, inservibles para calmar la incomodidad propia del espacio abierto en los otros peatones (29).

Con sólo dos décadas de expansión la adaptación a los celulares es mínima dado que el desfase en la intención y la acción cotidiana sigue siendo considerable, como lo muestran los datos de la encuesta "Cell Phone Use" (2006) del Pew Internet & American Life Project: el 82% de todos los estadounidenses y el 86% de los que usan celular reportan irritarse por otras personas que usan sus teléfonos en espacios públicos. Y casi 1

de cada 10 personas que tienen celular admiten que han despertado criticismo o irritación a otros cuando usan su celular en público (PEW, 2006).

Cabe destacar que en el estudio "A Nation of Ghosts?", Katz especifica dos puntos: es posible que el uso de celular no cause irritación en los espacios privados si se cumplen ciertas premisas, por ejemplo, que el interlocutor distante sea amigo de las personas que rodean al que llama (y éstas lo sepan) de tal modo que el amigo lejano se convierta en un partícipe tele presente de la fiesta, lo que no sucede si el interlocutor lejano es solo conocido de quien habla pero no del resto de personas presentes en la fiesta. Del mismo modo sucede cuando un miembro de una pareja habla con un tercero, sólo deja de resultar incomodo si habla con un amigo en común de la pareja. Otro punto que aclara Katz hacia el final de su disertación es que él como investigador está conciente de la apabullante evidencia histórica que denota adaptación y ajuste humano a las nuevas tecnologías. Por esto deja abierta la reflexión sobre el carácter permanente de la irritación y el desequilibrio en las coreografías de los espacios públicos.

2.3 Movilidad

Además del la intrusión de las herramientas multimedia y el vínculo remoto que establecen los celulares, otra faceta de éstos que requiere atención es su carácter portátil. Como se expuso en el primer capítulo, a los celulares de segunda y tercera generación se les llama también "móviles".

Aunque parezca una asociación simplista, su incorporación a nuestros hábitos de pensamiento y comunicación induce y acentúa nuestra movilidad en varios sentidos. Como vimos en el primer capítulo, las tecnologías de la telecomunicación acentúan cada vez más la facilidad para desprenderse del territorio habitado gracias a la oportunidad de mantener el contacto comunicativo, la separación física de los núcleos familiares y amistosos deja de ser un impedimento en cierta medida. Y esto con el celular se ve acentuado en pequeña y gran escala; no hay razón para esperar una información en sitios específicos cuando se puede recibir por celular en cualquier punto de la ciudad, como tampoco es necesario planear con anticipación horas y lugares de reunión dado que siempre se pueden comunicar los planes y la información que se genera "al momento".

Para sostener el aumento de movilidad demográfica y social producido por los celulares, Rheingold cita a Fortunati explicando el desarraigo territorial que generan estos dispositivos:

la dimensión ambigua de la presencia/ausencia en el espacio también conlleva la reestructuración del sentido de pertenencia a un lugar, uno de los cuatro polos clásicos del sentido de pertenencia (aparte de la pertenencia a la familia, al país y a una determinada raza). Se transforma en el sentido de pertenencia a una red comunicativa. (Fortunati citada en Rheingold, 2004: 221)

A partir de este punto se pueden desprender cuestiones acerca de los trazos urbanos y las distribuciones demográficas en relación a la penetración de la telecomunicación móvil. ¿En qué medida

las particularidades de cierto trazo urbano generan más uso del celular y más movilidad? o viceversa, ¿de qué modo la penetración del celular reconfigurará la planeación y el desarrollo de las ciudades?, ¿cómo funciona el sentido de pertenencia en las redes comunicativas móviles y en qué manera este efecto de los celulares podría repercutir en una redistribución demográfica?, ¿serán los celulares sustanciales agentes descentralizadores?, ¿cómo está cambiando la arquitectura del presente ante la influencia de la movilidad y los nuevos hábitos tecno-sociales? y, particularmente, ¿qué sucederá con las plazas públicas y los nuevos teatros o salas de arte? Aunque evidentemente no pueda dar una respuesta a estas preguntas, las planteo sólo para apuntar hacia una dirección de estudio que me parece interesante seguir, ya que, como plantea Rheingold y Johnson, las ciudades son susceptibles a los hábitos comunicativos y tecnosociales por lo que seguirán cambiando en relación a éstos.

Es preciso conocer mejor el modo en el que los medios móviles y generalizados modifican la utilización de las ciudades porque los cambios están ya en camino. Steven Johnson reveló en *Sistemas emergentes* que "las ciudades, como las colonias de hormigas, poseen una suerte de inteligencia emergente: una capacidad de almacenar y recuperar información, reconocer y responder a pautas de conducta humana". Los enjambres que se forman con la telefonía y el mensaje de texto móvil, el acceso ubicuo a Internet sin cables, los servicios de localización espacial y a información digital asociada a lugares específicos son sólo los comienzos de cambios significativos en el modo de

utilizar los espacios urbanos.(Rheingold, 2004:
232)

Estas y otras cuestiones apuntan hacia la observación de efectos por el uso de celulares en las ciudades concretas. Ya se irán observando en las décadas posteriores, sin embargo hay otros efectos provocados por el celular y que también tienen que ver con los espacios y el movimiento, pero desde una perspectiva distinta, como se tratará enseguida.

2.4 El tiempo-espacio celular

Afirma Rheingold que las comunicaciones móviles y la informática presentan riesgos para la calidad de vida dado que cambian la percepción humana del tiempo (2004: 219). Para exponer cómo suceden algunos de estos cambios hay varias formas de aproximarnos. Por una parte están los efectos más concretos que se pueden observar en la relación estratégica con los espacios públicos y algunos indicios de cambios en los hábitos sociales en donde se refleja una creciente flexibilización del tiempo; por otra, están dos fenómenos menos concretos pero quizás mucho más serios, como pueden ser la fragmentación de los tiempos continuos y la apertura de espacios complejos. A continuación intentaré aproximarme a estos planteamientos.

2.4.1 Relación estratégica con el espacio público

La relación estratégica se puede estudiar a varias profundidades. Iniciando por una revisión superficial, podemos observar algunos indicios de cambio concretos en la búsqueda de los sitios públicos con mejor recepción de señal (celular)

sitios con poco ruido y privacidad para ejecutar llamadas. O, al contrario, la búsqueda de la mesa más lejana a la de "los del Nextel", la entrada al sitio (banco o tienda) donde "nunca entran las llamadas", o justamente, la búsqueda del lugar cercano a donde se encuentran ciertos individuos apropiados para asistir a un pequeño acto de *stage-phoning*. Término empleado por Plant para indicar el ejercicio de algunos individuos que utilizan su celular como estrategia para ser escuchados por los desconocidos que le rodean (2001: 49).

Desde otra perspectiva, e incurriendo en la observación de hábitos más generales en el uso del celular, podemos encontrar cómo es en las *transiciones* entre actividades donde surge el mayor porcentaje del uso del dispositivo (Katz, 2003:28).

En la encuesta "Cell phone use" se muestra que en el contexto estadounidense contemporáneo el 41% de los dueños de un teléfono celular aceptan que realizan llamadas por celular para "llenar" su tiempo libre cuando trabajan o cuando esperan a alguien (PEW: 2006). Y, siguiendo el mismo reporte, uno de los momentos cuando se usa más los teléfonos es justo después de que un conductor estaciona su coche y mientras sale de éste hasta que llegar a su destino.

Para Katz este nuevo hábito es un problema importante a investigar. Lo nombra "transición liminal" ya que implica una necesidad de "reafirmación" del individuo cuando se encuentra entre un espacio y otro; reafirmación que logra mediante la comunicación por celular (2003:29).

Un ejemplo claro de este fenómeno lo brinda Rheingold con sus observaciones realizadas en Tokio: "descubrí que el Cruce de

Shibuya era la zona con mayor densidad de teléfonos móviles del planeta: el 80% de las 1.500 personas que cruzan la bulliciosa explanada con cada cambio de semáforo lleva un teléfono móvil.” (2004: 19)

En el mismo libro *Multitudes inteligentes*, pero doscientas dos páginas después, Rheingold expone la conjetura de Leopoldina Fortunati ante dicho fenómeno observado en Italia: “los numerosos italianos que hablan o envían mensajes de texto con el móvil por la calle han robado comunicación del ámbito público para dedicarla al ámbito privado” (221). Respecto a este punto sería interesante estudiar los efectos que tiene el celular en contextos culturales de carácter contrastante. Por ejemplo entre la sociedad “bulliciosa” italiana y la discreción de la Suizo-alemana. En el año 2007 tuve la oportunidad de conocer la ciudad de Zurich y lo que me provocó una mayor impresión fue lo silencioso de sus habitantes. Tanto en las vías públicas, como en los tranvías, cafés e incluso en una cafetería universitaria casi llena; en el ambiente apenas se oían murmullos. ¿Cómo afectará el celular a tales hábitos comunicativos? ¿y qué tipo de sociedad, la discreta o la bulliciosa muestra signos de mayor adaptación a estos dispositivos?, ¿de qué modo puede beneficiarse cada una?, ¿cuáles serán las normas de *etiqueta celular* más convenientes para cada grupo social?.

Otras inquietudes que surgen respecto a este tema y que ameritan ser exploradas tienen que ver también con el enorme tráfico celular en el cruce de Shibuya en Tokio. Me refiero al estudio de la popularidad de uso del celular en ciertas vías en relación a la congestión y la velocidad del tránsito de las

mismas; es decir, la proporción del uso de celulares en relación a los factores de arquitectura, hostilidad y riesgo de ciertos espacios públicos.

2.4.2 La fragmentación del tiempo-espacio

Como ya se planteó, las tecnologías de las multitudes inteligentes parecen modificar ya la percepción del espacio y el tiempo de algunos individuos, con efectos visibles en los espacios públicos, como las aceras, los parques, las plazas y los mercados, donde cada vez es más la población físicamente co-presente que se comunica con otras personas ausentes (Rheingold, 2004: 221).

Las personas que transitan los espacios y a la par se comunican por celular, reparten su atención entre el sitio que dejan, el lugar al que se dirigen y el contexto en el que se encuentra la persona con quien se comunican. La yuxtaposición de contextos lejanos provoca la percepción de un tiempo fragmentado cuyo manejo y gestión requiere cierta habilidad que poca gente tiene. Me parece que la mayoría de usuarios de celular nos hemos sentido fuera de contexto en algún momento al usarlo o hemos percibido cómo el registro de nuestro interlocutor difícilmente puede integrarse con la realidad de nuestro humor y circunstancias en el momento de recibir el mensaje o la llamada.

Este fenómeno se puede interpretar de dos maneras complementarias. Por una parte, coqueteando con la paradoja, Marzo afirma que el uso de celulares "unifica y homogeneiza los tiempos" (Marzo, 2003: 148). Se refiere a que al hacer llamadas continuas se rompen ciertos límites otrora establecidos de

horarios laborales, familiares o sociales, i.e. al anularse los horarios específicos para determinadas comunicaciones, se puede decir que se crea un tiempo *consecutivo*. Por otra parte, la *fragmentación de los tiempos continuos* que observa Marzo sucede dada la pérdida de unicidad de la experiencia del presente, i.e. este troceado de tiempos se puede entender como una *partición* de las actividades y los trayectos al ser interrumpidos con llamadas que llevan la atención hacia otro tiempo y espacio, es decir hacia el ambiente de un interlocutor remoto (2003: 56).

Las nociones del tiempo y espacio, se están volviendo cada vez más móviles, fragmentarias e impredecibles y también empiezan a señalarnos cómo acentuarán esta tendencia en el futuro. Tras la observación de los efectos del celular en estos conceptos, podemos prever cómo cada vez más los tiempos y los espacios se convierten en marcos referenciales flexibles.

En la cultura móvil uno vive permanentemente con un pie en el futuro, pues utiliza el móvil para administrar y gestionar diversos asuntos o reuniones futuras. Los lugares y tiempos no se planifican con antelación; la gente se pone de acuerdo (o simplemente actúa así espontáneamente, sin acuerdo previo) para llamar *cuando llegan*. Esto limita menos la vida, porque es posible organizar cada día según los acontecimientos que se producen sobre la marcha.

El móvil mantiene una disposición para la flexibilidad en las reuniones y para adaptar la agenda a la secuencia del día. [...] El móvil difumina la estructura antes organizada y la conduce en una dirección más flexible. Esto introduce un cambio en nuestra percepción del tiempo, de modo que la idea de un futuro

organizado, previamente producido, es sustituida por una sensación del tiempo móvil, que se inclina constantemente hacia el futuro. El futuro ya no se concibe como algo formado de momentos exactos, sino como *lugares en el tiempo* aproximados, abiertos a la negociación según la situación. (Psai Mäenpää citada en Rheingold, 2004: 220)

Como consecuencia de esta movilidad y flexibilidad del tiempo, hay nociones y hábitos sociales que empiezan a perder fuerza; tal es el caso de la puntualidad. El sentido de rigidez y puntualidad en cuanto a coordenadas espacio-temporales -tan siquiera en cuanto a su práctica casual- empieza a desarraigarse en las sociedades contemporáneas gracias a los nuevos hábitos telecomunicativos. Con el celular estamos localizables todo el tiempo y siempre podemos evitar que se desconozca la razón de nuestro retraso antes de que éste suceda. Pero éste fenómeno tiene aún más implicaciones, como lo detectó Rheingold en los textos de otros investigadores:

Mizuko Ito y sus alumnos de licenciatura advirtieron que el tiempo se volvía más flexible cuando los jóvenes tokiotas decidían quedar a una hora; asimismo, el investigador noruego Rich Ling observó en Escandinavia una *relajación del tiempo* entre los jóvenes que envían mensajes de texto por el móvil. Ling e Yttri emplean el término *hipercoordinación* para designar el nuevo modo en que se organizan los jóvenes para quedar. (Ito, Ling e Yttri citados por Rheingold, 2004: 219-220)

A partir de las teorías de la relatividad (1905) de Albert Einstein no podemos dejar de tener presente cómo el tiempo y el

espacio son nociones intrínsecamente conectadas e inseparables. De este modo al hablar de una *movilidad, flexibilización y relajación del tiempo*, también se debe de pensar cómo estos atributos afectan y transforman con la misma intensidad, las nociones del espacio.

2.4.3 Espacios complejos

Los celulares nos acompañan a todos lados y siempre están prendidos. Los llevamos en un lugar privilegiado; muy cerca del cuerpo y siempre dentro de nuestro campo auditivo o táctil. A medida que más personas tienen celulares, y que nuestra agenda de contactos crece, nuestra red de contacto potencial se expande y con esta red se abre un cierto *espacio* de acción posible. Pero el espacio que se abre entre cada nodo o interface celular no es un espacio virtual -aunque esté conectado con éste y cada vez se le asemeje más- y tampoco es un espacio concreto, aunque lo habite.

La vida con celulares se parece cada vez más a la vida en el *ciberespacio*, es decir al modo de transitar, consumir y generar información como lo hacemos en los ambientes virtuales. Es por ello que los celulares con acceso a Internet móvil abren la posibilidad de habitar un espacio distinto al ambiente concreto que nos rodea fuera de la computadora. Es decir que al portar un celular con acceso a Internet móvil, se porta también -y no sólo en los hábitos cognitivos y en el bagaje emocional- la presencia de la realidad virtual. Una presencia, además que cada vez es más tangible en cualquier momento. Los hábitos de *navegación* (en Internet) se trasladan inmediatamente al lenguaje, y a las

velocidades y expectativas respecto a cualquier información; se vuelve impensablemente lenta la consecución de una definición en un diccionario impreso, por ejemplo, si se está acostumbrado a los diccionarios en línea, o la selección de una película donde resulta inoperante no poder *hiperlinkear* (vincular) la escasa información del reverso de la película con la información que nos interesa. Pero más notorio aún es la relación democrática propia de Internet entre individuos desconocidos de las más diversas edades, geografías y *posiciones*. O la abolición de la privacidad tanto voluntaria como inconscientemente; cada vez más gente disfruta hacer su vida personal algo completamente asequible a cualquier lector que pase por el blog o se vuelva *poke buddy* con un clic (nuevo amigo en alguna red social de Internet como *facebook*). Con los celulares todos estamos conectados siempre, en el espacio virtual dejan cierto rastro nuestros movimientos, y con la inteligente integración de ambos, fácilmente podemos ser rastreados por cualquier sistema de espionaje o vigilancia, legal o ilegal, complejo como *Carnivore* (poderoso sistema de vigilancia que se considera utilizado por el gobierno estadounidense para prevenir ataques terroristas) o primerizo como los *spywares* de aficionados (pequeños *softwares* que se introducen en cualquier computadora desprotegida al acceder a ciertas páginas. Los *spywares* envían, sigilosamente y sin autorización, información de la computadora contaminada a un sitio de Internet o directamente a la computadora del usuario de tal programa).

Espacios complejos, entonces, se refiere tanto a la coexistencia de espacios telepresenciales, concretos y

virtuales, como a la fusión de todos ellos dentro de cualquier coordenada tiempo-espacial. Aunque la conexión total y la causalidad entre todos los individuos del mundo y de éstos con el mundo mismo ha sido un tema filosófico, literario y religioso recurrente desde hace más de dos mil años, las cualidades que adquiere la perspectiva y los modos de interacción en los espacios complejos generados por las tecnologías actuales, son fenómenos muy recientes. Viejos en su posibilidad pero nuevos en su actualidad por lo que podría decirse que los espacios complejos están en una etapa completamente primaria pero llegarán a cambiar por completo los modos de lenguaje, pensamiento y vida social. Ahora, sin embargo, me resulta imposible pensar en una definición menos general de éstos, dado que, precisamente, se distinguen por la ausencia clara de centros, límites y nombres fijos.

Otra forma de llamarlos es la de Rheingold, quien llama *espacio ciborg* al sitio etéreo de comunicación que establecieron los primeros investigadores del MIT que integraron tecnologías portátiles en su vestido para estar permanentemente conectados a una red digital.

La tesis doctoral de Starner relata su experiencia en el manejo de ordenadores punteros para llevar puestos, con el fin de mantenerse en contacto con amigos, con toda la web y con otros ciborgs conectados sin cables en un espacio ciborg comunal [...] A medida que aumentaba el número de personas que incorporaban a su atuendo estos prototipos de ordenador, el "espacio ciborg" se convertía en un medio de interacción social. (Rheingold, 2004: 135)

El conocimiento de los espacios que habitamos debe incluir actualmente una atención particular a las transformaciones que introduce la telefonía celular en nuestras nociones de tiempo y espacio, así como en nuestros hábitos de tránsito y movimiento. Me parece que una investigación concienzuda de los efectos que tienen los celulares en nuestros espacios y hábitos, facilita nuestra preparación para los nuevos avances tecnológicos y nos permite extender y cambiar el rango de posibilidades de acción y relación con nuestros dispositivos.

En *Multitudes Inteligentes* Howard Rheingold nombra como tales a los grupos sociales que saben aprovechar la conectividad portátil; quienes utilizan sus celulares para lograr acciones de cooperación (construcción colectiva de bienes públicos) y cohesión grupal. Otras posibilidades de acción y relación creativa y no-capitalista que permiten los celulares se expondrán en el siguiente capítulo.